

obedecer contra la falsa conciencia. Si te dejas gobernar, disfrutarás de la paz, y obtendrás la curacion de tus pecados quiméricos. Obra resueltamente contra tu conciencia, y déjate de escrúpulos. ¿Has obrado? Corriente. Si al obrar has dudado de la pureza de tu accion, en el punto de vista del mandamiento, del precepto conocido, debes saber que, de fijo, has pecado. Confiésate, pues, y vé en paz. Si al obrar pensabas hacer bien, y despues sabes que te has equivocado, sea eso una enseñanza para lo sucesivo; pero no te aflijas por haber creído hacer bien. Sin embargo, dices, mi voluntad es incierta, inconstante, pues á cada paso soy presa de la tentacion; no sé precisamente si soy culpable, y, con todo, amo á Dios...

Hace dos minutos, tu voluntad y tu corazon pertenecian por entero á Dios, y, ahora, ¿tu corazon estaria contra Dios? ¡Cómo! en tan breves momentos ¿se habria introducido en tí el pecado mortal, que hace tantos estragos en las almas, sin que lo hubieses advertido? ¡No! tú no has consentido. Corta la cuestion, olvídala, y abandónate á la misericordia de Dios, que es tu padre. Ten confianza. La misericordia de Dios es nuestro tesoro. ¿Y de qué, pues, le serviria su misericordia, si no la extendiese sobre nuestras miserias?

Tengamos todos confianza, amados hermanos míos, para salir de la via del pecado, de la tentacion; tengamos confianza en el que quiere nuestra salvacion, y que, por nuestra salvacion, derramó su sangre. La confianza disminuye los obstáculos, duplica, centuplica nuestras fuerzas, honra á Dios y place á su corazon.

Cierto dia, un moribundo llamó á su lado á un digno sacerdote. A su llegada, se sonrió y le dirigió las más dulces palabras: ¡Oh! ¡cuánto os debo agradecer el bien que me habeis hecho!—¿Qué quereis decir?—Sí, tiempo há que me dijisteis estas dos solas palabras: Alégrate en el Señor! Y ellas han sido para mí toda la doctrina de la salvacion, el camino del cielo. Yo me he alegrado, he guardado fielmente ese precepto, y con él han venido todos los bienes, las virtudes y los méritos. Y aquel moribundo fué luego á continuar en el cielo la alabanza de la alegría que á él le habia llevado, y que con él os deseo. Amen.

ESCUELAS.

(INAUGURACION DE CURSO.)

Filii tibi sunt? Erudi illos et cura illos à peccatis illorum.

¿Tienes hijos? adóctrinalos y dómalos desde su niñez.

(ECCLES. VII, 25.)

DISCURSO.

Si algo puede interesar á la vez á la religion, la sociedad, la familia y la felicidad de los particulares, es la educacion de los hijos.

Para hacer á un pueblo dichoso y bueno, es necesario instruirle: hay conocimientos que son necesarios, y los hay meramente útiles, pero todos procuran, á los que los poseen, goces dulces y legítimos; pero, no es ménos verdad, que la ciencia no basta por sí sola, porque hombres muy instruidos pueden ser malos; y si se trata únicamente de ilustrar el entendimiento, sin cultivar el corazon, la ciencia, para los más, será un presente funesto. Para que un hombre pueda ser útil á la religion, á la sociedad, á la familia, es indispensable, que reuna á un entendimiento ilustrado un corazon formado en la virtud.

¡Ojalá pueda yo, en este breve rato, con algunas reflexiones, convenceros de la necesidad de que seais virtuosos, y os ejerciteis en la práctica del bien, para que así correspondais dignamente al noble destino que la Providencia os ha preparado y hagais todo el bien que la religion y la sociedad tienen derecho á esperar de vosotros!

1.º Bajo el punto de vista religioso. ¿Habeis pensado, alguna vez, amigos míos, en la grandeza de los cargos á que la Providencia os ha destinado? Para comprenderlo bien, examinadlo bajo el aspecto religioso y moral.

Desde que los padres confían en vuestras manos lo que tienen en mayor estima en la tierra, es decir, sus hijos, para que reciban de vosotros una educacion, que ellos no pueden personalmente proporcionarles; desde este instante, la religion os impone deberes, y os

dice, que esos hijos están bajo vuestra vigilancia, para que sean, mediante vuestras lecciones y vuestros ejemplos, verdaderos cristianos por sus profundas convicciones, y por la práctica constante de la virtud; cristianos, que sepan, con menosprecio de humanos respetos y consideraciones, hacer lo que ellos crean, y dirigirse con resolución y buen ánimo hácia la bienaventuranza inmortal.

2.º Bajo el punto de vista moral. La sociedad, á su vez, la sociedad, que tiene establecidos sus cimientos sobre la observancia de la justicia por todos, sobre los derechos personales, que deben ser reconocidos y respetados por cada uno en particular, la sociedad, repito, exige, que les formeis ciudadanos honrados, anhelosos por el bien público, ciudadanos, en quienes se reúnan la probidad, el respeto á las leyes y amor al orden.

El interés de los padres exige, que hagais fecundar en esos tiernos corazones todas las virtudes domésticas, que constituyen el atractivo de la vida y la felicidad de la familia.

Finalmente, el interés personal de cada niño requiere, que le prepareis de antemano su porvenir, de tal suerte, que pueda ser útil á la religion, á la sociedad, á su familia y á sí mismo, hasta el punto que le permitan su talento y la oportunidad de las circunstancias.

Es, por lo tanto, grande y trascendental la profesion de que estais investidos; pero, léjos de lisonjear esta grandeza á vuestro orgullo, y de sugeriros pretensiones, que no pueden tener eco sino en las almas comunes é ignorantes, si os hablo de la importancia de vuestra profesion, solo es para empeñaros á cumplir escrupulosamente con los muchísimos deberes que os impone. ¡Ah! dignos fuerais de lástima, si miraseis con desden vuestra noble tarea, y si la desempeñaseis con tibieza y con repugnancia! No, vosotros no hareis de vuestro estado una industria, una especulacion. La ciencia, como la virtud, es superior al valor material. No; el modesto honorario, que ha de subvenir á vuestras necesidades, no será el único móvil que gradúe vuestros deberes. El interés puede inducir al ejercicio de un arte, pero no será nunca el principio del afecto y de los continuos sacrificios que os impone vuestro magisterio. Poseeis un alma demasiado elevada, para guardar vuestros deberes, vuestros cuidados y vuestros afanes por el solo aliciente que hace obrar á las almas mercenarias. Lo que avivará vuestro celo, lo que os sostendrá, en medio de las dificultades, lo que os alentará á formar incesantemente para el bien á los corazones, que aún no están desarrollados para comprenderle, será el deseo de preparar la dicha de las familias, la tranquilidad de la sociedad, el triunfo de la religion, formando niños sumisos, ciudadanos honrados,

cristianos piadosos. Lo que os animará en esta carrera fecunda en trabajos, en desvelos y sinsabores, será la esperanza de conseguir las dos coronas, que el Apóstol promete á los que se dedican al trabajo de la predicacion y de la enseñanza: *Duplici honore digni habeantur qui laborant in verbo et doctrina.*

Que la religion sea siempre la base de vuestra enseñanza; que los niños, que se os han confiado, puedan observar, que la religion dirige habitualmente su enseñanza; que sus misterios, sus preceptos, sus ceremonias, sus prácticas, os inspiran un sincero respeto y reconocimiento. Que los niños se aperciban, que, en un punto á religion, teneis convicciones profundas, y que practicáis lo que decís; que os vean en todos vuestros actos, aún los más insignificantes, observar fielmente las leyes santas del Evangelio.

Mas, para ejercer esta influencia religiosa en los corazones de los niños, os es necesario, ante todo, familiarizaros con las verdades cristianas, y nutrir de ellas vuestro espíritu y corazón; os es necesario adquirir virtudes sólidas, y adheriros sinceramente á vuestros deberes religiosos. Si de otra suerte obrareis, si fueseis indiferentes con respecto á la religion, si dejaseis de considerar vuestro estado como una especie de sacerdocio, comprometeriais vuestros deberes más sagrados, la confianza de las familias, las esperanzas de la sociedad y todo el porvenir de los pobres niños, que os están confiados. ¡Oh! vigilad sobre este punto; amigos míos, á fin de que no os convirtais en piedra de escándalo: ya sabeis lo que dice el Evangelio acerca de aquel, que escandalizare á los pequeñuelos...

Ya se deja comprender, cuánta prudencia se necesita para proporcionar siempre la recompensa al mérito y el castigo á la falta; para estimular con una imparcialidad inalterable la actividad, la virtud y el trabajo en quien se reconozcan estas calidades, y para reprender la insubordinacion, la negligencia y el vicio en quien adolezca de estos defectos! Porque debeis ya estar íntimamente persuadidos, de que la conciencia de los niños se formará sobre la apreciacion que vosotros hicieris de sus actos; tendrán por bueno y considerarán como una virtud, todo cuanto vosotros aconsejéis; así como tendrán como malo, todo lo que vosotros reprobáreis. Una accion les parecerá tanto más meritoria, en cuanto sea mayor su recompensa, y calcularán la malicia de un acto por el castigo que por él se imponga.

Comprendedlo bien, queridos amigos; todos vuestros preceptos de moral dejarían sobre los niños muy poca impresion, si no fuesen apoyados por el ejemplo. Un modelo de escritura es una mano muerta para indicar á su mano, la direccion que debe tomar al formar los caracte-

res: faltale un modelo animado para dirigir su corazón hácia el bien. Es absolutamente indispensable, que se eche de ver la virtud en toda vuestra conducta, á fin de, que vuestras amonestaciones tengan toda la fuerza del ejemplo.

Finalmente, penetraos bien de esta grande idea, que vuestro objeto, en la educacion de los niños, debe ser la de trabajar para el porvenir, porvenir de la religion, de la pátria, de las familias, de los mismos niños.... ¿Puede darse un objeto más noble y sublime?

Grande es el bien que podeis hacer, mis queridos amigos, muchas las virtudes que podeis hacer practicar, muchas son las almas que podeis conservar en estado de inocencia, si teneis la dicha de estar animados del espíritu de vuestro estado, y de desempeñarlo constantemente conforme al espíritu del cristianismo! Pero las esperanzas que la religion y las familias han fundado en vuestro elevado magisterio, no serán de ninguna manera defraudadas; vuestra piedad, el celo que manifestareis en adelante para llenar vuestros deberes, vuestros honrosos servicios, los muchísimos y admirables resultados que ya habeis obtenido en los años anteriores, son para todos, una garantía de los buenos servicios que prestareis en adelante.

ESCUELAS.

(INAUGURACION DE CURSO.)

Filii tibi sunt? erudi illos.
¿Tienes hijos? adóctrínalos.
(ECCLES. VII, 25.)

DISCURSO.

La infancia es á la Iglesia, al Estado y á la sociedad lo que la primavera es al año, lo que las flores son á las riquezas y á la magnificencia de la naturaleza, lo que la esperanza es á los sentimientos que agitan el corazón del hombre. La Escritura no habla sino con especial afecto de esa hermosa edad: de la infancia toma sus figuras

y sus comparaciones más bellas, manifestándonos el candor de José, la piedad del jóven Tobías, el valor de David. El Salvador colma de ternura á los pequeñuelos, imponiéndoles las manos, llamándolos hácia él, y diciendo á sus Apóstoles: Dejad en paz á los niños, y no los estorbeis de venir á mí, porque de los que son como ellos es el reino de los cielos: *Sinite parvulos, et nolite eos prohibere ad me venire, talium est enim regnum caelorum* (MATTH. XIX, 14).

Padres cristianos, ¿no son vuestros hijos vuestro más rico tesoro, el objeto de vuestras más tiernas afecciones, de vuestra solicitud más viva? Al exhortaros, pues, en este día á vigilar severamente sobre su educacion, á ocuparos de sus necesidades, de desarrollar su inteligencia, y cuidar de proporcionarles todos los medios que su instruccion reclama, en lo cual se cifra su felicidad, la vuestra y el porvenir de la religion y del estado, creo haber escogido un asunto importantísimo, que merece, de vuestra parte, una atencion especial, que os la reclamo, no ménos que vuestra indulgencia en este breve rato.

Padres y madres, la religion y la naturaleza van de acuerdo en desear, que vosotros mismos seais los maestros de vuestros hijos. Por medio de esta tradicion doméstica, por esta enseñanza hereditaria, se transmitieron, en otro tiempo, de generacion en generacion en las familias patriarcales, los oráculos de la religion, los preceptos de la moral y los hechos importantes de la historia. Pero, ahora, que os falta tiempo, y aún, muchas veces, la ilustracion indispensable para el cumplimiento de este grave deber, la sociedad acude en vuestro auxilio. Una institucion benéfica abre á vuestros hijos las fuentes del saber y de la sabiduria. Aprovechaos de este beneficio, enviando vuestros hijos á la escuela. La mayor parte de vosotros no podeis contar con dejarles muchos bienes de fortuna. Aseguradles, pues, en patrimonio, el tesoro de la instruccion: tesoro tanto más precioso, cuanto que solo con él podrán, algun día, sostener una competencia honrosa con sus iguales, sea cual fuere la carrera que abracen, en una sociedad, en la cual la emulacion del talento va siendo cada día el móvil más poderoso de la actividad humana, y la mejor garantía de un buen resultado.

La instruccion, sobre todo, en la época en que vivimos, es una de las primeras necesidades de la vida. ¿Qué representa en la sociedad actual el hombre, que no ha frecuentado la escuela? No hay una sola carrera en la cual no se exija, á lo ménos, saber leer, contar y escribir. ¿Pudierais mirar con indiferencia, que vuestros hijos fuesen, algun día, extraños al mundo en que habitan, y á la sociedad en que viven? ¿Qué motivo razonable pudiera retraeros, de confiar á vues-

tros hijos á los maestros? Teneis á la mano el medio de hacer de vuestros hijos buenos ciudadanos, hombres inteligentes y útiles, y lo que es mejor todavía, buenos cristianos. Este medio es la escuela, porque en ella se les instruirá sobre todos sus deberes. ¿Por qué, pues, no os apresurais á aprovecharos de este beneficio?

En la escuela continúa la primera educacion del hogar doméstico. En ella se aprende á conocer á Dios y á su ley: en ella se enseña lo justo, lo bueno, lo noble y digno. Si en la escuela se dan los conocimientos que hacen al hombre instruido, se procura, al propio tiempo, no olvidar los que hacen al hombre virtuoso. Tal es, á lo ménos, hermanos míos, la enseñanza como la quiere la Iglesia, como la desean las familias honradas y cristianas, y tal como la reciben, á Dios gracias, nuestros queridos niños en la escuela de esta parroquia; porque tienen á la vista el ejemplo de la conducta digna de su maestro, ejemplo infinitamente más eficaz para el bien, que todas las lecciones.

De esta suerte se echan las semillas de la virtud en esos tiernos corazones, semillas, que no podrán ménos de echar profundas raíces. ¿Y cuáles serán sus frutos? El mayor respeto á la autoridad paterna, mayor union en las familias, más probidad en las relaciones sociales, más amor al orden y á la justicia, más fidelidad en el cumplimiento de todos los deberes.

Bien sé, que la educacion no produce los mismos resultados en todos, porque tampoco faltan caracteres débiles, espíritus indóciles, corazones depravados; tampoco ignoro, que el desenfreno de las pasiones y ciertas circunstancias peligrosas pueden burlar las esperanzas de la primera edad; pero, generalmente hablando, muchísimos permanecerán fieles á todas las virtudes que se habrá sabido inspirarles; muchos otros conservarán esos sentimientos de honor y de probidad que enaltecen al hombre; y en cuanto á los que lleguen á avanzar mucho en las sendas del vicio, les quedará un medio de salvacion, el remordimiento y el arrepentimiento, medio, que apenas puede conocer, el que, desde sus primeros años, ha permanecido ajeno á la virtud.

Ved aquí, como los que miran con desden la escuela ó dejan de asistir á ella, ó si asisten, no se cuidan de su aprovechamiento, se privan de un medio eficazísimo para preparar su futura suerte en las diferentes carreras sociales, y lo que es peor todavía, se quedan en la ignorancia de los principios esenciales y de los deberes prescritos por la religion y la moral, condenándose, por lo tanto, á vejeitar toda su vida en la abyeccion, y, tal vez, en el crimen.

Los seres infelices, sobre quienes se ve precisada á descargar su peso la justicia humana, han sido, en su primera edad, poco aficionados á la escuela, ó si la han frecuentado, han sido en ella un motivo de escándalo, por su indisciplina precoz y su obstinacion en permanecer en una ignorancia culpable.

Padres honrados y cristianos, procurad que vuestros hijos asistan á las dos escuelas, la de la *familia* y la del *maestro*. En el hogar doméstico empieza la educacion del niño. Despues de haberles instruido, segun os lo permita al tiempo de que podeis disponer, si les proporcionais maestro ó maestros, que suplan vuestra insuficiencia, para perfeccionar ó completar su instruccion, os desquitareis así de un deber de un buen padre y de una buena madre de familia. Mas no olvideis, que si bien os es permitido hacer más llevadera vuestra tarea, compartiéndola con otros, no podeis ni debeis desentenderos de ella por completo, porque siempre estais obligados á ser los primeros maestros de vuestros hijos, por la voz de la naturaleza, por la ley de Dios, por el mandato de la Providencia, por la voluntad de Dios.

Si; sentado en las rodillas de una madre, es donde el niño debe aprender á balbucear su primera oracion, á alabar á Dios criador, á bendecir á Dios salvador, á amar á Jesús en la cuna y en el Calvario y en el tabernáculo; de los labios de un padre debe recibir las primeras lecciones de sabiduría: luego, confiadle al maestro, quien continuará la tarea que vosotros habeis comenzado.

Otra vez volveis á emprender vuestra difícil tarea, dignos maestros, á cuya direccion está confiada la juventud de esta parroquia. ¿Tendré que reanimar vuestro celo, que rectificar vuestros principios, que recordaros las reglas de conducta que debeis seguir, como guias y lumbreras de la infancia? No: vuestro celo es conocido; vuestros principios son sólidos, vuestra conducta es la que requiere vuestra respetable profesion. Lo que únicamente me propongo indicar, en pocas palabras, es encarecer el mérito de un buen maestro, á fin de que os identifiquéis más y más con el ejercicio de esta noble profesion, y podais, algun dia, recibir de Dios la debida recompensa.

Con efecto, hermanos míos, ¿podrá jamás apreciarse bastante el mérito de un buen maestro, y el bien que puede hacer en una parroquia? El instruye por sus lecciones, edifica con su ejemplo, asiste al cura-párroco en las funciones de la iglesia, le secunda en el canto de los oficios divinos, en el cuidado y ornato del santuario. Acostumbra á la juventud á llevar el yugo del Señor, le enseña *el temor de Dios, el fundamento de la sabiduria* (PSALM. CX, 10), y el respeto debido á la casa dedicada á la oracion y al sacrificio. El prepara

la dicha de las familias, los triunfos de la religion, la tranquilidad de los Estados, formando para el Estado buenos ciudadanos, para la Iglesia hijos sumisos y fieles, y escogidos para la eternidad. Asi el maestro tiene derecho á la *doble corona*, que el Apóstol designa para los que se dedican á la predicacion y á la enseñanza (I TIMOTH. xvii). El mundo le debe consideracion; pero la religion le reserva otra más bella y rica recompensa. Por la fé se va al cielo; y *como la fé proviene del oido* (ROM. x, 17), claro está, que se comunica á los hombres por medio de la enseñanza. Porque el Espíritu Santo, que promete á los justos *instruidos en la ley, una gloria igual á la claridad del firmamento*, nos declara, que los maestros, que *les habrán enseñado la justicia, brillarán eternamente* en el cielo con un resplandor más vivo, como las estrellas que le alumbran y embellecen (DAN. xii, 3). ¡Noble magisterio, cuya magnífica recompensa se señala de antemano en nuestros santos Libros!

Y vosotros, amados niños, vosotros, que sois tan queridos del Señor, que os ha confiado á la custodia de vuestros padres, de vuestro curapárroco y de vuestros maestros, si quereis ser bendecidos del cielo, venerad y honrad á esas personas afectuosas, á quienes la divina gracia ha inspirado el celo de vuestra instruccion. Respetadlos como á padres, escuchadles como á doctores, amadles como á bienhechores. No estimeis ni anheleis los conocimientos humanos sino como un medio de ser mejores, y no deis importancia á vuestros adelantos en la ciencia, sino á proporcion de lo que os haya hecho progresar en el camino de la virtud.

ESCUELAS.

DISCURSO PARA LA DISTRIBUCION DE PREMIOS EN UNA ESCUELA PARROQUIAL.

Jóvenes discípulos:

Uno de los más grandes capitanes del siglo pasado decia, que habia dos épocas de su vida, que nunca olvidaba, á saber: el dia en que habia ganado su primera batalla, y más especialmente el dia en que habia ganado el premio de su clase. De suerte, que entre todos los lau-

reles que adornaban su frente, daba la preferencia á los que habia conquistado en la infancia. Su corazon palpitaba todavía al solo recuerdo de sus primitivos triunfos, atribuyendo muy justamente el origen de su celebridad militar al noble ardor, cuyos primeros impulsos habia experimentado en sus primeros estudios.

Ved aquí, pues, que á vuestra vez, jóvenes amigos, vais á recibir esos premios, cuya adjudicacion no pueden ménos de recordar con emocion, aún los hombres más distinguidos, en medio de los triunfos que han sabido conquistar, más adelante, en sus respectivas carreras. Esperais con impaciencia que se os entreguen; sin embargo, me permitiréis que retarde por algunos breves instantes la satisfaccion de vuestro justo anhelo, para echar una rápida ojeada sobre las ventajas que van á proporcionaros en vuestro destino futuro las lecciones, que habeis recibido en este recinto, bajo la direccion de vuestros maestros. Así verán vuestros padres, que habeis sabido aprovechar bien el tiempo, y que no han sido infructuosos los sacrificios que se han impuesto para atender á vuestra educacion.

La escuela, señores, proporciona dos beneficios, el de embellecer el entendimiento, con un gran número de conocimientos agradables y útiles, y el de formar el corazon por el estudio de la religion y el de las reglas de la moral,

Para convencernos de esto, bastará echar una mirada sobre los diferentes conocimientos que viene á adquirir la juventud en la escuela. El lenguaje, la historia, la geografia, las matemáticas, el estilo, tales son las bases principales de la enseñanza.

El lenguaje. ¿Qué ventajas tan considerables ha de proporcionar al niño el conocimiento de su propia lengua? Este estudio ensancha el círculo de sus ideas, desarrolla su entendimiento, le acostumbra al método, le inicia en la importancia de las reglas en todo, le auxilia en todos los ramos del saber humano.

Historia. Veamos, ahora, las ventajas de la historia. Mensajera del pasado, la historia ofrece al niño el cuadro de las acciones de los hombres que nos han precedido. El colorido varia, segun los lugares y las épocas; pero, el asunto del cuadro es siempre el mismo, puesto que representa constantemente á los hombres con sus pasiones, y proporciona el estudio de los tiempos presentes, por el resultado de los tiempos que han pasado. Así adquirirá una experiencia anticipada, que no le costará ningun sacrificio, é instruido por grandes ejemplos, puede aprovecharse de las faltas de sus predecesores, y evitar los escollos en que ellos se estrellaron; le enseñarán á evitar su naufragio.

Geografia. Pero en vano la historia referiria al niño con exactitud